

# Instinto natural

Tania Huerta

Terminé de ver la película con una sensación extraña. Era cruel el abandono de ese niño en un mundo sin amor. Sin el amor más básico, pero a la vez el más grande: el amor de una mamá. Me desespera la escena en que lo abandonan en el bosque con su pequeño oso por única compañía. Esa mujer no pudo ser más malvada. Luego, la desesperanza de él en su soledad. Era solo un niño y se enfrentaba con la vida en una sociedad que lo despreciaba por no ser real, como un Pinocho cibernético y mucho más perfecto.

Nunca me canso de verla. *A.I.* es una obra maestra de lo que asumieron que sería el futuro y de la emoción humana.

Me levanté a recoger la ropa sucia y los juguetes que mi niño dejaba por doquier en la casa, así como mis propios artículos de trabajo y me dispuse a preparar la cena para el nene. Entré a su cuarto, se había quedado dormido después de jugar. Me senté despacio a su lado y acaricié su cabello con ternura. Me preguntaba qué haría él si lo dejara a su suerte como al niño robot de la película, pero este niño, mi niño, era un niño real. Sería más difícil para él. Él podía tener hambre, frío. El pequeño androide, no.

Aquella película era un clásico, muy antigua. Ya se cumplían ochenta años de su estreno y mucho de lo que se contó en ella se había vuelto realidad en estos años. Especialmente en los países del norte del globo.

En esas cavilaciones estaba, cuando mi hijo se despertó. Le revolví el cabello y le advertí que pronto estaría la cena. También le advertí que no podía dejar sus juguetes y lápices de colores por la casa. Que no podía ser tan desordenado y, aunque muchas madres decían que a su edad era normal ese desorden, yo no creía lo

mismo. Él podía ser perfecto. Todo era cuestión de crianza y nada mejor que las mamás para eso. Me asomé a mi pequeño biohuerto escondido detrás de la casa. Un techo transparente dejaba ver las estrellas del cielo serrano: las reales eran más brillantes, aunque las artificiales se movían ligeramente, creando una especie de baile delicado. Me preguntaba si la gente que vivía en ellas no se mareaba por ello. Sabía que desde que algunos grupos de humanos habían sido enviados a vivir en estas estaciones brillantes, la gravedad había sido regulada como en la órbita terrestre para que no sintieran el movimiento. Aquí, en el altiplano, al sur del continente aún llamado América, siempre decían que las estrellas se ven más grandes porque el cielo está más cerca, debido a la altura de nuestra sierra.

184

La quinua con sus granos rojos, esa planta ancestral que nos representa desde tiempos incaicos, de la que nos sentimos tan orgullosos por nuestras raíces y que es, hasta ahora, usada por la NASA por su alta nutrición, me recibió como en un camino real. La planta había crecido alta y casi llegaba a los tres metros, haciendo que el invernadero se viera repleto de su presencia. Fue una de las plantas sobrevivientes a la helada extrema del 2050, junto con la papa, que se pudo conservar al transformarse en chuño a raíz del congelamiento. Así había sido desde tiempos inmemoriales y había servido para que no desapareciera con las desgracias climáticas. Todo era parte de la naturaleza y los conocimientos ancestrales, como les dicen a esos que vienen desde las épocas preincas. Esos que pasaban de generación en generación. De boca en boca.

Ahora, tenemos la comunicación global y universal, que comenzó con la vetusta Internet y que enlazó a todo el mundo. Desde el lugar más lejano de la Tierra hasta estaciones espaciales, satélites y algunos planetas que se han comenzado a explorar. Ya nadie se siente aislado.

Saqué un puñado de granos de quinua y un poco de chuño, entre otros ingredientes de las plantas que yo misma cultivaba.

Todavía podía darme ese lujo y no depender de los expendios de comida procesada que el Gobierno surtía para la infancia. La verdad, fui educada en las normas del régimen, pero hace poco había decidido cambiar eso, por lo que regalaba la mayoría de los productos que me daban para el niño. Era mi niño y me preocupaba su nutrición, su crecimiento y fortaleza. Él podía ser perfecto. Todo era cuestión de crianza. Prefería producir su comida yo misma, aunque le había advertido que no comentara esto con sus amigos del colegio. No era bien visto que alguien saliera de los patrones y normas dictadas por el Ministerio. Todos deberían comer lo mismo, vestir lo mismo, todo era igualitario en justicia de los habitantes del mundo y extramundo.

A la mañana siguiente, antes de salir al colegio, le preparé a mi niño la ración de siempre, de los alimentos energéticos y suplementos que el Gobierno nos entregaba cada mes, ya que la comida natural solo se la brindaba entre las cuatro paredes de nuestro hogar. Salimos y esperamos al lado del riel a que el pequeño bus de levitación magnética llegara. Era un poco antiguo, pero aún servía para llevar a niños bulliciosos al colegio y tenía ese nostálgico color amarillo que se usaba para estos transportes escolares desde antes de la gran pandemia. No podía creer que hubiera tanta bulla y gritos dentro del transporte. Hay madres que no saben criar. Mi hijo, en cambio, siempre bien portado, sabía muy bien cuáles eran las reglas; se fue feliz y me quedé viendo cómo su rostro redondo, de mejillas rosadas quemadas por el sol de la Sierra, iba desapareciendo a lo lejos. Al regresar a casa, suspiré pensando en que, aunque el cielo seguía teniendo ese intenso azul y las nubes más blancas que jamás había visto, la tierra no era tan verde como antes. El ichu ya no crecía en las alturas y la nieve ya no cubría los nevados desde hace décadas. Jamás he visto la nieve. Solo tengo en mi memoria los archivos de los tiempos y el registro de alguna imagen de ese pasto amarillo, de donde se alimentaban los otrora auquénidos.

Había pasado el día en algunos quehaceres del hogar y de mi propio negocio. Salí al centro de la ciudad para comprar insumos para mis manualidades. Cada vez menos personas deseaban realizar trabajos manuales sencillos y yo aprovechaba esa pereza para crear toda clase de adornos y artículos utilitarios artesanales que se habían convertido en mercancía casi de lujo entre los habitantes del mundo. Aquí, en mi pequeño poblado, era la única que los elaboraba. Muchos me habían comentado que, con lo que ganaba, podría vivir en una ciudad más grande, ahora que las fronteras eran casi inexistentes, pero prefería el clima de los Andes que se resistían a morir; además, aquí me sentía más segura con mi niño. No me gustaría que nos separaran como se solía hacer últimamente en las capitales designadas. No entendía por qué creían que los niños crecerían más seguros y correctos lejos de nosotras, sus mamás. Que un colegio podría darles más cuidados y educación que una, lo que era totalmente ilógico, pues, ¿quién más que una mamá para tener toda la sabiduría del mundo en cuanto a su pequeño? Todo era cuestión de crianza.

Al regresar, apenas entré a la casa, escuché la voz del saludo de bienvenida e, inmediatamente después, un aviso de urgencia. La melodiosa voz del sistema operativo de mi hogar me advertía que debería dirigirme, inmediatamente, al colegio.

Rauda, encendí mi auto y enrumbé a la escuela que se encontraba en la ciudad, muy cerca al lago que un día fue llamado el más alto navegable del mundo y del que ahora, de la porción que aún existía, se aprovechaba para el regadío de las plantaciones gubernamentales que daban de comer a toda la población. Aparentemente, podrían hacer algo para recuperar su grandeza. Desvié la vista de aquella masa de agua azul y continué por la carretera. Llegué lo más rápido posible y por lógica, o temor, me dirigí a la enfermería. Illari, como había nombrado a mi hijo por lo resplandeciente de su existencia, no estaba ahí. La delgada

androide vestida de blanco señaló con el dedo hacia la puerta de la dirección del colegio, con un gesto, que juraría, era de desprecio, en su boca de hule.

Me apresuré por el pasillo hacia la oficina del director. Un niño corría en sentido contrario al mío y se tropezó conmigo. Por supuesto, a él le dolió más que a mí, por lo cual soltó un insulto que ninguna mamá permitiría decir a su pequeño. Solo las madres de familias tradicionales eran tan permisivas.

Entré a la dirección. La secretaria, otro androide, esta vez muy bien vestida, me invitó a pasar a la oficina del director, que me pidió tomar asiento.

—Siéntese —su mano, con la palma hacia arriba, señaló el sillón que tenía delante de su escritorio.

—Muchas gracias. ¿Podría decirme qué ha pasado con mi hijo, con mi Illari?

—Sabe que este es uno de los pocos colegios que aceptan «familias» como la suya en este sector del continente y que son muy pocas las que, hasta ahora, se conservan unidas.

—Lo sé y lo agradezco. Soy una mamá que mantiene sola al niño, hago trabajos manuales, no llamo la atención ni altero ningún orden.

El director se puso de pie acercándose a mí.

—Hoy, Illari vino a la escuela y llevaba entre sus cosas una pequeña planta con granos rojos, la quinua, que solamente cultiva el Gobierno y que los demás niños no habían visto jamás en vivo y en directo. Sabe que el cultivo particular está prohibido, ¿verdad? ¡Claro que lo sabe! Es una norma antigua y las mamás son las primeras en enterarse de este tipo de cosas.

Bajé la cabeza sin saber qué responder, preguntándome en qué momento mi hijo había sacado esa planta del invernadero que tanto me había costado ocultar y del cual él sabía que no debía hablar, menos aún llevar un espécimen.

—Solo es una pequeña maceta la que tenemos —mentí—. Me desharé de ella, no volverá a ocurrir, lo prometo.

—No es tan fácil esta vez. Uno de los niños es hijo del regidor de la ciudad y mandó un video a su madre... y ya se imagina. Revisaron los archivos de su niño y estuvieron aquí en minutos. Tienen retenido a Illari en el salón del fondo. La están esperando.

Mientras caminaba hacia esa puerta entreabierta que dejaba pasar un halo de luz, mi memoria se revolvió, enseñándome todos los recuerdos de mi niño, desde el día en que lo vi por primera vez y lo tuve entre mis brazos. Fue en ese preciso instante cuando todo mi amor apareció y nunca más se fue. Ese amor inmenso e incondicional que solo una mamá tiene y que ni el tiempo ni la distancia ni las leyes pueden matar, todo era posible para ese amor.

—Yo la acompañaré —pronunció el director en tono muy seco—. Espero que me saque de este problema por todos los años en que intenté ayudarla. Solo diga que yo no sabía nada y que me mintió de alguna manera.

Asentí de forma automática, mientras sus palabras sonaban en revoluciones lentas en mi cabeza.

Illari se lanzó a mis brazos en cuanto entré al salón. Estaba asustado entre tanta gente extraña. Restregaba su rostro lloroso en mi cuerpo, pidiéndome perdón por haber llevado aquella planta al colegio.

—Solo quería que la vieran, es tan bonita. —Sollozaba mi niño, cubriéndose el rostro entre mi ropa.

Revolví su cabello como siempre lo hacía, pero esta vez sin quitar la vista de los efectivos de la Policía del Sistema Gubernamental que, en número de cinco, estaban delante de mí y de mi niño. La madre del amiguito de Illari, aquel niño acusador, también estaba ahí.

—Ponga su índice en el sensor. —Alargué el brazo e hice lo que indicaban. La pequeña luz roja se convirtió en verde. El policía

fue hacia su superior. En su espalda pude leer: Policía Huayna Pucara, el nombre de la pequeña ciudad donde está mi hogar.

—¡Se te ha pegado la corrupción como a cualquiera de nosotros! ¡Quién lo hubiera pensado! —pronunció sin piedad el oficial de verde.

—Ya sabe cómo son estas mamás —intervino la madre de aquel niño—, desean hacer todo a la perfección y el pobre niño solo quería que sus amigos lo aceptaran llevando algo que les llamara la atención y que los compañeritos hablaran con él, pues su mamá lo tiene tan pegado a la regla, que el niño ni siquiera es capaz de jugar con otros para no ensuciarse, no habla con nadie por temor a decir algo indebido y que su mamá lo castigue, no puede emitir ideas propias, pues no le es permitido: no vaya a ser que diga algo que a su mamá no le parezca, además...

—Señora, usted no comprende lo que es la buena crianza, no sabe qué es lo que tendría que hacer para criar a un niño perfecto, yo tengo todos esos conocimientos y mucho más —interrumpí a la mujer—. Y le aseguro que mi amor es mucho mayor por mi hijo que el de usted por el suyo. Eso puede notarlo cualquiera en cómo ha criado a su hijo, un soplón.

—Ya lo sé, todos sabemos su famoso lema: «Todo es cuestión de crianza», pero una crianza normal, inclusive con errores, por algo somos humanos y los cometemos, pero criamos con un amor real; no como el suyo, dispuesto para la eternidad. ¡No sé cómo el Ministerio de Familia pudo pensar que eran una buena idea! —pronunció la madre señalándome con el dedo.

—¡No me quite a mi familia, no me quite a mi niño, por favor! —clamé en mi desesperación de mamá mirando al oficial—. No volverá a pasar, cumpliré todas las reglas, cada una de ellas —rogaba tan solo de pensar en la idea de que me quitaran a mi hijo. Era un pensamiento imposible de aceptar, de asimilar.

Uno de los hombres tomó a Illari del brazo y lo arrancó de los míos, lo asió con él por el oscuro pasillo que salía a la calle. Mi niño lloraba y se volteaba hacia mí con el otro bracito extendido en mi búsqueda. Golpeé con el puño al guardia más próximo, que voló varios metros lejos de mí. Corrí hacia mi hijo, mientras una descarga eléctrica fuertísima hizo que perdiera el equilibrio; las articulaciones de mis miembros se desprendieron y cayeron sobre mis propios cables, que intentaban mantenerlos unidos a mi esqueleto metálico. Mis ojos se oscurecieron y aclararon repetidamente, mis párpados pestañearon sin cesar y la voz del oficial retumbó en mis oídos antes de perder el conocimiento.

—Cuándo entenderán que nunca podrán reemplazar a las madres reales y que no se puede programar el amor materno. Eso es un instinto natural. Ya falta poco para que en el mundo se erradiquen estos Monitores de Aprendizaje de Maternidad Alternativa (MAMA).

190

### **Tania Huerta**

Perú. Escritora, directora y correctora de estilo de Sakra Media Group SAC.

En el último año ha publicado sus cuentos agrupados bajo el título de *Instinto natural*, traducido al alemán y publicado en Future Fiction Magazine, y el titulado «Sombra», en la antología sobre el pisco cordón y rosa, de Maquinaciones Narrativa.

Es coordinadora editorial del libro *Monstruario*, de David Roas (2021), y de *Exorealidades*, de Tanya Tynjälä (2022), de Pandemonium Editorial, y del prólogo «La ciencia ficción en el imperio del sol», en la antología *Latinoamericaeditada*, de Triada Editores y ALCIFF (2023). Actualmente es editora de autores como Hernán Migoya con *El fantasma de Stephen King* (2023). Cuentos de su autoría han sido publicados en antologías digitales nacionales y extranjeras.